

les son tanto mejores y más excelentes que la nobleza, salud y fuerzas del cuerpo, y que la hacienda, honras y cargos temporales, cuanto el ánima excede al cuerpo, y el cielo á la tierra, y lo eterno á lo transitorio y momentáneo.

Pero, demas de lo que nos enseña san Agustin, hay otras causas por que nuestro Señor reparte á los buenos adversidades, y á los malos bienes temporales en esta vida. Porque, como dice Séneca (1): «Así como nosotros nos holgamos de ver salir al coso, cuando hay en él un toro bravo, un mozo valiente y animoso, y asirle del cuerno y detenerle y hacerle dar muchas vueltas, ó pelear con un leon y rendirle y matarle; así parece que nuestro Señor recibe gusto cuando un soldado y siervo suyo lidia con la que llamamos fortuna adversa, y pelea con la pobreza, con el dolor, con la infamia ó con cualquiera otra calamidad, y la sujeta y vence con las fuerzas que Él le da y por su amor. Porque desta manera es Dios glorificado en él; el cual, así como un buen capitán para las hazañas de mayor trabajo y peligro escoge los soldados más esforzados y valerosos, así escoge Él para estos trances rigurosos y peleas los que tienen más valor y virtud. Y como los soldados, cuando son nombrados para semejantes empresas, no se quejan del capitán, ántes se tienen por muy honrados y favorecidos dél, así los que son ejercitados del Señor con trabajos y dificultades las deben tener por regalo y favor.» Todo esto dice Séneca.

Pero los bienes temporales dálos Dios á algunos pecadores en esta vida, porque, así como comunica la luz del sol y la lluvia, no solamente á los buenos, pero también á los malos, para manifestar más su inestimable bondad y aquel dulcísimo afecto de padre que tiene para con el hombre, así también reparte los bienes temporales á los malos, para declarar esta misma bondad, y juntamente manifiesta su divina justicia, y esto en dos maneras: la primera, porque comunmente no hay hombre tan perdido y desalmado, que no tenga alguna cosa buena, y por pequeña que sea, es Dios tan justo, que no quiere que quede sin galardón. Y como no se le ha de dar al pecador en la otra vida, quiere pagárselo en ésta. Y así leemos (2) que Dios dió á Nabucodonosor el reino de Egipto, aunque era malvado é infiel, porque le habia servido haciendo guerra contra sus enemigos. Y á las comadres ó parteras de Egipto (3) les hizo bien por la piedad que usaron con los niños de los hebreos que nacian. Por esto dijo Séneca (4): «Á estos que ama Dios y los tiene por buenos, los curte y endurece y ejercita; pero á esotros que parece que perdona y regala, guárdalos para los males que han de venir.»

La otra manera con que Dios manifiesta su justicia, dando á los pecadores los bienes temporales, es porque, como dice el bienaventurado san Agus-

(1) Lib. *De provid.*, cap. ii.

(2) *Ezech.*, xxx.

(3) *Exod.*, i.

(4) Lib. *De provid.*, cap. vi.

tin, muchas veces niega Dios al hombre, por misericordia, lo que sería ira si se lo concediese. Y así vemos que muchos alcanzaron la hacienda y el cargo y la privanza, y el lugar alto que pretendian, y que despues cayeron y perdieron lo que habian alcanzado con mayor afrenta y dolor, y la risa se les convirtió en llanto, y la felicidad en miseria, y lo que parecía regalo y merced de Dios les fué cuchillo y verdugo. Y lo que es peor, algunos se van al infierno por haber usado mal destos bienes temporales, que por ventura se salvarán si no los tuvieran. Y así se ve que fué castigo lo que parecía beneficio y dádiva de Dios.

Demas desto, da el Señor estos bienes á los malos, para que, atraídos de su liberalidad y benignidad, se conviertan á él, y considerando que otros mejores y más hábiles que ellos no tienen lo que ellos tienen, lo reconozcan de Dios y le amen y sirvan como á dador y fuente de todo lo que poseen. Y si el amor y agradecimiento de lo que han recibido de la mano del Señor no tuviere tanta fuerza para enternecerlos y aprisionarlos y rendirlos, la tenga el temor de perderlo, pues ven que, como Dios lo da, así lo puede quitar, y para que no lo quite, es bien tenerlo propicio.

Cuando ni el amor ni el temor no bastan para enfrenar al pecador, dice Boecio que da Dios estos bienes caducos á los pecadores para que no sean tan malos, y para que con este cebo se entretengan, y no hagan los males gravísimos é innumerables que harian si no los tuviesen, blasfemando y despojando y persiguiendo á los buenos, y viviendo entre ellos como unos leones y tigres.

Asimismo les da á los malos el mando é imperio para que con su tiranía ejerciten á los buenos y purguen la escoria de las culpas que tienen, y se afine la virtud dellos, y se esmere más la obediencia y fidelidad de los que los obedecen y sirven por amor del Señor.

Finalmente, da Dios estos bienes á los malos para que mejor conozcamos lo poco que valen y se deben estimar, como lo dijo san Agustin. Porque si Dios nuestro Señor, que es sapientísimo y justísimo, da estos bienes á los hombres perdidos, á los infieles y herejes, señal es que los tiene en poco y que son viles, porque si fueran bienes para estimar, no se los diera, pues manda que no se arrojen las piedras preciosas á los puercos. Pero con esto nos da á entender que estos bienes no son bienes preciosos, sino cargas pesadas de caminantes, y que el que va más cargado lleva más trabajo en su jornada y corre más peligro.

#### CAPÍTULO XXV.

Prosigue el capítulo pasado, y declárase por qué da Dios bienes temporales á los buenos.

Por estas y otras razones da Dios nuestro Señor los bienes temporales á los malos. Pero porque no se alcen con ellos y piensen que ésta es su herencia, y que no tienen parte en ella los buenos y siervos del Señor, también los reparte con larga

mano á algunos amigos suyos, como á Abraham, Isaac, Jacob, Josef, David, Salomon, Ezequías, y en el Nuevo Testamento á Constantino, Teodosio, Carlomagno, san Silvestre, san Gregorio y otros santos y siervos suyos. Esto hace Dios primeramente para enseñarnos que Él es la primera y universal causa y fuente de todos los bienes, y gobernador y administrador de todas las cosas criadas, las cuales dispone y rige y endereza con su incomprendible providencia á los fines que Él es servido; y se desengañen los hombres que fían en sí ó en otros hombres, y locamente piensan que no tiene Dios cuidado de las cosas humanas; porque es verdad infalible lo que dijo el real profeta David (1), que todo lo que Dios quiere se hace en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos, y lo que dijo Daniel á Nabuconosor (2): «Siete tiempos se mudarán sobre tí hasta que entiendas que el Señor del cielo es Señor de la tierra y del reino de los hombres, y que Él le da á quien es servido.»

También con esto se quita otro engaño que han tenido algunos hombres perdidos, pensando no ser lícito al cristiano poseer bienes temporales, como lo decia Juliano Apóstata, para despojarlos dellos con esta ocasion. Pero si nuestro Señor da estos bienes á sus siervos, claro está que justamente los poseen, porque de otra manera no se los daría.

Vese asimismo más claramente la perversidad de los que no usan bien destos bienes temporales, y se dejan cegar y arrebatar del desordenado amor y codicia dellos. Y que la causa deste mal no está en las mismas cosas, pues otros usan bien dellas, sino en la afición demasiada de los que pervierten y estragan el uso dellas; porque, como maravillosamente dice san Gregorio, papa (3), hay algunos que por gozar de Dios usan como de empréstatas de las cosas deste mundo, y otros que por gozar á su placer del siglo, como por cumplimiento y de paso se quieren servir de Dios. Los unos tienen las cosas desta vida en uso y las eternas en deseo; los otros desean y gozan de las presentes sin freno, acordándose algunas veces, como por entre sueños, de las de Dios. El malo déjase llevar de su gusto y pasión; el bueno tiene la rienda á su apetito y refrena su corazón. El malo piensa que es señor de lo que posee y que lo puede desperdiciar á su antojo; el bueno conoce que es dispensador de lo que Dios le entregó, y sabe que le ha de dar cuenta dello hasta la postrera blanca. El malo cree que se merece toda la honra que tiene, y que se debe á su persona todo lo que se hace con él; el bueno, aunque se vea superior de otros en la dignidad, y por ello honrado y servido, no por esto se desvanece, sino ántes se humilla y confunde, entendiendo que muchos de sus súbditos son mejores que él es, y que la honra que le hacen no es por lo que merece su persona, sino por lo que pide el grado y dignidad de su oficio. Y tiene asentado en su cora-

(1) *Psalm.*, cxxxiv.

(2) *Dan.*, iv.

(3) *Moral.*, lib. ii, cap. v.

zon que toda esta vida es como una comedia, en que entran á representar diversos personajes, y que no es más alabado el que representa la persona de rey ó de papa, sino el que representa mejor la suya, aunque sea de un pobre labrador.

Enseñanos asimismo nuestro Señor, cuando da estos bienes temporales á algunos buenos, que también los daría á los demas si les estuviese bien, y que el no dárselos es porque no les conviene. Porque, como dice gravemente Boecio, Dios nuestro Señor es como un médico sapientísimo, que cura varias enfermedades con varias medicinas y remedios, dando á cada uno de los enfermos la medicina que ha menester, conforme á su sujeto y disposicion. A uno da una purga amarga y desabrida, á otro dulce y suave. Y el que la recibe amarga no se puede ni debe quejar, ni pedir que le den la dulce, porque en esto no mira el médico al deseo del enfermo, sino á su salud.

Demas destas razones, por las cuales da Dios los bienes temporales á los buenos, hay otra, que es despertarlos y levantarlos á la contemplacion, amor y deseo de los bienes inestimables que esperamos. Porque si Dios nuestro Señor, en este valle de lágrimas, en este desierto de bestias y destierro lastimoso y miserable en que vivimos, hace tantas mercedes al hombre, y le abraza y regala con tanta benignidad, y le da salud, honra, hacienda, cargos preeminentes, mando y señorío, ¿qué hará en el cielo, en aquella nuestra patria bienaventurada y en aquel palacio real, y en aquellas moradas de gloria y descanso, donde le verémos y gozarémos como Él es?

Finalmente, da Dios estos bienes á los buenos por hacer bien á todo el mundo con ellos, porque el malo todo lo toma y lo quiere para sí; mas el bueno, como otro sol, comunica su luz y reparte sus rayos con todos. Si tiene hacienda, sabe que Dios se la dió para socorro del pobre; si tiene honra, para que honre á los que por su virtud lo merecen; si tiene cargo y poder, para que dé la mano al caído y ampare al que poco puede, y reprima y castigue al atrevido. Así que la merced que Dios hace al bueno, aunque se da á uno, es de todos, porque todos gozan della. Y como las venas pequeñas y delgadas, hasta las que llaman capilares, reciben la sangre de las venas mayores, así todos los pobres y miserables se sustentan y mantienen con lo que los buenos ricos les comunican, á los cuales reparte Dios estos bienes, como habemos dicho, para que ellos los repartan con los demas.

#### CAPÍTULO XXVI.

Por qué da Dios bienes ó males á los que no hacen bien ni obran mal.

No solamente hace Dios lo que habemos dicho con los justos y con los pecadores, pero también con los que no hacen bien ni obran mal, por no poder usar del libre albedrío, ni consultar y deliberar y escoger, como son los insensatos y locos, y todos los niños ántes que tengan uso de razon. Ve-

mos pues á muchos niños en su tierna y pura edad afligidos y consumidos de enfermedades; y al revés, otros como una flor, hermosos, sanos y agradables; y preguntamos: ¿Qué es la causa desto?

Para responder á esta cuestión es de saber, primero, que de los males que padecen los niños, muchas veces tienen la culpa los padres, porque si el padre es desperdiciado y jugador, y gasta la hacienda que tiene en profanidades y demasías, y por esto deja á sus hijos pobres, desta pobreza que ellos padecen el padre tiene la culpa, pues quebranta la ley de Dios, que manda que la hacienda se gaste en buenos usos. Y si por andar el padre distraído se inficiona y pega la enfermedad contagiosa á su mujer, y della se deriva á los hijos, claro está que la culpa estuvo en el padre, y por ella castiga Dios á los hijos, que son parte del padre, para bien del padre y de los mismos hijos, los cuales no se pueden quejar deste castigo, porque aunque no tienen pecados actuales que le merezcan, pero basta el pecado original, en el cual fueron concebidos, que es el seminario y raíz de todos los demas.

Y aunque, por virtud del santo bautismo, se les perdona el pecado y se quita la fealdad de la culpa, pero no por eso el bautizado se libra de las penalidades y miserias á que quedó sujeto por él; antes se queda como un vaso de barro frágil y quebradizo, y sujeto, como antes, á la alteracion, corrupcion y muerte, y consiguientemente á las enfermedades y miserias desta vida. Y así no es maravilla que viva conforme á las leyes de su naturaleza y padezca todas las calamidades á que ella está obligada, lo cual con maravillosa providencia ordena el Señor, para que el hombre, que por el bautismo es incorporado en Cristo y hecho miembro suyo, se conforme con su cabeza, y por una parte, por la regeneracion y gracia del sacramento, sea libre de la culpa que contrae cuando es engendrado de sus padres, y por otra pueda con las penalidades imitar á su cabeza y padecer por ella, y juntamente ejercitar su virtud y tener en qué merecer, y venga al santo bautismo, no por la comodidad desta vida y por la impasibilidad del cuerpo, sino por la gracia y riquezas del ánima, y por la gloria y bienaventuranza que espera.

Otras veces hace esto nuestro Señor, ó para castigar otros pecados de los mismos padres, ó para probarlos y ejercitarlos con el dolor que sienten de la enfermedad de sus hijos, el cual algunas veces les atormenta más que si ellos mismos la padeciesen. Cuando es castigo, la causa particular es, como hemos dicho, porque hace un ídolo de sus hijos, y todo su amor, regalo y confianza ponen en ellos, y por acrecentarlos en honra y hacienda se desvelan y olvidan de Dios, y le ofenden gravemente (1). Y porque Dios es Dios fuerte y celoso, y visita los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion, castiga

(1) *Sapient.*, xl.

á los padres con las penas y enfermedades y aun con las muertes de sus mismos hijos (2).

Mas á las veces no es tanto castigo éste, cuanto prueba de Dios para ver si los padres le aman á él más que al hijo, lo cual se conoce en el dolor y sentimiento; porque, al paso que va el amor, va el dolor, y lo que mucho se ama, se siente mucho cuando se pierde. Por esto sobre aquellas palabras del Apóstol (3) en que, hablando de los ricos, dice que se enredan y meten en muchos dolores, dice el bienaventurado san Agustín que son muchos los dolores, porque son muchos los amores en que se embarazan y enlazan los ricos. Y así el padre y la madre que se congojan demasadamente con la enfermedad de su hijo, y no admiten consuelo cuando se muere, y les parece que se les acaba la vida con la vida de su hijo, muestran la flaqueza de su corazón y el desordenado amor que le tenían. Y esto quiere Dios que conozcan, para que se vuelvan á Él y traspasen en Él su amor.

Da asimismo estas enfermedades el Señor á los niños, para que desde pequeñitos se crien con trabajo y dolor y se vayan como curtiendo, y sean para más que los que se crien con mucho regalo. Porque los que se crien con trabajos y necesidades contentáanse despues con ménos, sufren las miserias desta vida con más facilidad, son más pareos y templados é industriosos para allegar y guardar su hacienda. Y al contrario, los muy delicados y regalados no son buenos para nada: ni para la paz, porque se dan á la lascivia, ni para la guerra, porque luego se desmayan y se derriten con los trabajos della. Si quieren servir á algun príncipe, no aciertan; si entran en religion, no pueden llevar la aspereza y rigor della, ni se saben amoldar á los ejercicios de la humildad y mortificacion. Y todo esto nace de haberse criado con demasiado regalo y blandura de sus padres, la cual, como dijo Quintiliano (4), es la peste y destruccion de la virtud para los niños, y el castigo y cuchillo para los mismos padres. Y por esto nuestro Señor, para cortar esta mala raíz, trata ásperamente á los niños, para que con la hambre y con la sed, con el calor y con el frio y enfermedades se hagan á las armas, como dicen, y puedan llevar mejor las miserias desta vida, y ofrecerse al peligro y á la muerte, si fuere menester, por el bien de la república y por amor de la religion y de la virtud.

Y muchas veces se lleva nuestro Señor á los niños porque sabe que si creciesen le ofenderian y se condenarian, como lo dice Salomon por estas palabras (5): «Arrebatado ha sido, para que la malicia no trocarse su entendimiento, ni el fingimiento engañase su ánima.» En poco tiempo vivió mucho, porque su ánima era agradable á Dios, y por esto el Señor se dió prisa á sacarle de enmedio de las maldades. Y con esta consideracion se han de con-

(2) *Exod.*, xx.(3) *1. Tim.*, vi.(4) *Lib.* i.(5) *Sapient.*, iv.

solar los padres cuando ven que no se logran sus hijos, y que son arrebatados de la muerte ántes de tiempo, aunque con ellos pierdan la esperanza de la herencia y del oficio y beneficio que pensaban alcanzar. Porque, demas de librarlos Dios de un mal mundo, lleno de infinitas miserias y calamidades, asegúralos y pónelos en el puerto tranquilo y sosegado, fuera ya de todo temor y peligro. Destas razones que hemos dicho se saca por qué da nuestro Señor estos trabajos y penas temporales á los niños que no tienen uso de razon, dejando á la naturaleza mortal y corruptible en que nacieron hacer su oficio, y mostrando en esto y en todo su infinita sabiduría y bondad.

Y si algun curioso preguntáre por qué hace esto nuestro Señor, y no hizo al hombre inmortal é incorruptible, como hizo al ángel, pareciéndole por ventura que esto fuera mejor, respondo conforme á lo que á otra pregunta semejante á ésta responde san Agustín, que no fuera mejor (1); porque, aunque es verdad que la naturaleza incorruptible é inmortal es más perfeta y excelente que la mortal y corruptible, como lo es el cielo más que la tierra, y que por esta parte parece que sería mejor que los niños y todos los hombres fuéramos incorruptibles, pero no es así; porque mejor es que la tierra sea tierra que no cielo, aunque el cielo sea más perfeto que la tierra, y que el pié sea pié, y la mano mano, que no que el pié y la mano sean

(4) *Lib.* xi, *super Genes.*, ad lit., cap. vii et viii.

ojos, aunque el ojo sea mas perfeto y noble miembro que el pié y la mano, pues así se compone mejor el cuerpo con esta diferencia de miembros, y el universo con la diversidad de elementos y mistos, y resplandece más la sabiduría de Dios, la cual en esta variedad de cosas y naturalezas despliega los rayos de su incomprendible poder y bondad, que siendo una en sí, en las cosas que produce es tan vária y tan admirable.

Pero ¿por qué da nuestro Señor á los niños los bienes temporales, pues vemos algunos hijos de padres generosos, lindos, sanos y agradables? Para que, como arriba dijimos, entendamos que Dios es el dador y autor de todos los bienes, y cuánto le agrada la pureza é inocencia que tienen los niños. Porque, puesto caso que no tienen aquella inocencia y bondad que tienen otros que son crecidos en edad, los cuales se abstienen del mal que podrian y sabrian hacer, porque Dios les manda que no lo hagan, y por la misma causa obran el bien; pero tienen los niños falta de malicia y de ruindad, y no pueden en aquella edad hacer mal, que es una imágen y como sombra de la verdadera inocencia. Y con esto queda declarado lo que propusimos, y las causas por que Dios reparte á los buenos y á los malos, y á los que al presente no hacen bien ni obran mal, los que en esta vida llamamos bienes y males. Resta ahora que sigamos el hilo de nuestro discurso, y tratemos de las tribulaciones generales con que Dios affige y castiga el mundo, que es la segunda parte deste tratado.

## LIBRO SEGUNDO,

EN QUE SE TRATA

### DE LAS TRIBULACIONES GENERALES Y DE SUS REMEDIOS.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

De las tribulaciones generales con que Dios suele castigar.

No solamente castiga nuestro Señor á las personas particulares, y las affige con várias penas por sus particulares culpas, como en el libro precedente queda declarado, pero tambien azota y atribula las ciudades, provincias y reinos enteros por los pecados que se cometen en ellos. Así lo dice el real profeta David (1), y que el Señor habia secado los rios, y convertido la tierra fértil y abundante en salitrales por la maldad de los que moraban en ella. Y el *Eclesiástico* dice (2): «La muerte, el derramamiento de sangre, la contienda, la espada, las opresiones, la hambre, el asolamiento y los

(1) *Psalm.* ciii.(2) *Eccles.*, xl.

demas azotes vienen sobre los pecadores, y por ellos vino el diluvio.» Jeremías, hablando de la sequedad y esterilidad que hubo en su tiempo, cuando ni se hallaba agua en las fuentes ni yerba en los campos, claramente nos enseña que los pecados y maldades del pueblo fueron causa de aquella calamidad (3). Y lo mismo enseña el profeta Oseas (4), contando en particular los vicios y abominaciones de su tiempo; y por esto dice que lloraria y se secaría la tierra, y se enflaquecerian todos los moradores della, y faltarian las bestias del campo y las aves del cielo. Amós, despues de haber referido la violencia y calumnias con que los ricos consumen á los pobres, dice (5) que por esto les dará Dios dentera y carestía, y falta de agua y de pan.

(3) *Jer.*, xii et xiv.(4) *Oseas*, iv.(5) *Amos*, iv.